

Por Alfonso de Granados.

**P**OBRES y escasas resultan estas menguadas líneas para que con ellas se intente esbozar la figura genial de Esteban Borrero Echeverría, pero es sano el intento y espontánea la inspiración, y no es otro el impulso que recordar al hombre excepcional que supo vivir con estoicismo hasta cuando él quiso, hasta cuando, hastiado ya, harto de pesares y de amarguras, detuvo el carro que paseaba su existencia en un gesto burlón para ese destino que tanto empeño se tomó en cubrirle de heridas el alma y de lágrimas el corazón.

Que su vida fué toda un martirio y un constante sufrir, bien lo deja ver él en estos párrafos de una carta suya: "A mí me faltaba poco para retraerme, porque no sé vivir sino entre gente sincera y honrada. Pero ya se colmó la medida de mis repulsiones y de mi asco moral... Harto he combatido, y no es de extrañar que sienta sueño ya al caer la tarde, quien madrugó tanto como yo..."

De Borrero, el poeta, el literato, sólo he de ocuparme en este ensayo, porque ¿cuánto no sería menester decir si fuéramos a mostrar cada una de las páginas de su vida, páginas que, al decir del doctor Juan J. Remos, son, cada una de ellas, un capítulo entero?

Desde niño sintió Borrero vecación y facilidad extraordinaria por el cultivo de las letras. Al cumplir los catorce años nutría ya su espíritu y ampliaba su cultura devorando en horas de la madrugada—, durante el día trabajaba de ayudante delineador en la Comandancia de Ingenieros de Puerto Príncipe—, a Voltaire, Diderot, Rousseau, Marco Aurelio, Víctor Hugo, Musset, Delavigne; con el Arcipreste de Hita, Calderón y Meléndez, Goethe, Moore, Shakespeare, Racine, Corneille, La Fontaine, Irving, Prescott... El mismo decía: "Aquello fué una orgía de lectura, y todo esto sin más método ni guía que mi afición".

Por aquella época, tuvo noticias de que en el Ayuntamiento de Santiago de Cuba se sacaba a oposición una plaza de alumno pensionado por dicho Cabildo, para estudiar Ingeniería en Madrid. Borrero, optimista, rebosante de fé, entusiasmado, tras un esfuerzo económico, concurre a las oposiciones y, después de brillantísimos ejercicios en los que puso de manifiesto su extraordinaria preparación, gana la codiciada plaza. Pero, preparado ya todo para embarcar rumbo a Madrid, un ataque de difteria hace peligrar su vida y tiene que desistir de ir a España, aun cuando ello le deprimiera e hiciera rodar ilusiones forjadas en aquella mente de genio en embrión. Volvió a su ciudad natal, Camagüey, debilitado y descorazonado. Sin embargo, nuevas esperanzas hacen concebir al joven luchador la fundación del Instituto de Aplicación, que hubo de ser más tarde de Segunda Enseñanza. Sométese al examen de ingreso y tales fueron las demostraciones dadas en él, que obtuvo matrícula gratis. Mientras cursaba sus estudios en aquel centro, para aliviar un tanto su precaria situación, instituye una academia nocturna para adultos. Las enseñanzas que di allí,—dice—tenían todas el corte filosófico que habían alcanzado mis estudios, y mis discípulos aprendieron, no sólo Gramática, por Salvá y Bello, sino Lógica, por Condillac, y todos manejaban, como yo, al Padre Varela y a Locke... No dejé de tener discípulos notables como Manuel Roblejo, poeta mulato; José de Jesús Agramonte, publicista serio; Eduardo Romaní y muchos más, que se distinguieron por su aplicación..."

Una de las bases principales de la revolución de Yara, era la no existencia de prejuicios raciales. Borrero, como puede observarse, no las tenía. Su academia era un hervidero de cubanismo.



La prosa de Borrero, sus versos, su elocuente oratoria, todo su bagaje literario, le revela como una mentalidad verdaderamente genial, pero sobre todo, en cada uno de sus cuentos hay un ensayo de filosofía, de esa filosofía que no aprendió en textos ni en manuscritos, sino palpándola en las imágenes reales de su propia vida.

Publicó en la "Revista de Cuba", en Julio de 1879, un cuento titulado "Calófilo", donde trató de demostrar, en forma magistral, la relatividad de lo verdadero y la revelación de lo bello.

En 1899 dió Borrero a la publicidad un folleto titulado "Lectura de Pascuas", donde insertó tres cuentos primorosos, "Una Novelita", "Machito, pichón" y "Cuestión de Monedas".

En "Una Novelita", Borrero deja verter toda la emoción, toda la ternura y la pureza que significa el primer amor verdadero para todo ser humano. El cuentista apunta: "La dicha tiene su fiebre y tiene también sus desfallecimientos la felicidad. No aguardes, lector, el segundo capítulo ni otro alguno: tú si has cumplido ya los dieciocho años, puedes continuarla si te place; hay siempre una novela en el primer amor; recuerda la tuya o prepárate a realizarla".

"Machito, pichón", fué algo vivido por él en su niñez. En este cuento narra la burla de que fué objeto un día por parte de alguien que le vendió un tomeguín bajo la certeza de que era macho pero que todavía no cantaba porque aún era pichón. Resultó luego que el tomeguín era hembra y en vano esperó él a que dejara escapar sus trinos.

"Cuestión de monedas" es la historia simbólica del propio autor que quiso pagar con monedas de oro en un mercado donde no circulaban más que monedas de barro.

En 1905 publicó otro cuento: "El Ciervo Encantado". Antes, en varios números de la "Revista Cubana" dió a la publicación un soberbio poema satírico en prosa, bajo el título de "Aventura de las Hormigas".

La tribuna fué otro de los campos de triunfo de Borrero. Cultivó la ora-

toria política y la académica y lució todas sus galas de orador brillante en aquel gran período de nuestra historia literaria en que el verbo de Martí comenzaba a mover ondas y a iluminar conciencias. Era en los años en que empezaron a brillar Enrique José Varona, José Varela Zequeira, Evelio Rodríguez, José de Armas, Manuel Sanguily...

Como poeta no dejó Borrero también de lucir sus facultades geniales. Si es cierto que no fué un gran versificador, porque sus versos, atendiendo a los preceptos de la clásica retórica, no pueden juzgarse como perfectos, en cambio, sí fué un gran poeta, porque sintió la poesía y la vivió en el martirologio que fué toda su vida; cantó sus pesares más hondos y sus penas más tristes; sintió la poesía en su espíritu y supo lanzarla al viento en rimas quejumbrosas de todo el poema trágico que fué su existencia.

Sin embargo, no dejaron algunos versos suyos de mostrar un ritmo perfecto, tanto en su forma como en su fondo. ¿Acaso no se ofrecen como ejemplo de ellos, éstos que los tituló "Cavad, Cavadme una fosa"?

¡Cavad, cavadme una fosa honda, muy honda, cavad!:  
fría, fría y tenebrosa;  
voime en ella a sepultar.

Echad mucha tierra encima,  
niveladla con el pié;  
no temáis que débil gima:  
¡qué bien, qué bien estaré!

Allí el olvido se encierra,  
allí la eterna quietud;  
no más luchas, no más guerra.  
¡Que mullido mi ataúd!

Está ya lista mi huesa;  
no lloréis de compasión.  
Si supiérais cuánto pesa  
el fardo de mi dolor!

En 1878, en colaboración con Varona, Betancourt, Diego Vicente Tejera, José Varela Zequeira y los hermanos Sellén, publicó "Arpas Amigas", un tomo de poesías donde aparecen sus composiciones "Cansancio", "Dudad", "Vana Ilusión", "Náufrago y Sólo". y muchos más. Mas tarde publicó otros dos tomitos



de versos: "Grupo de Familia" y "Arpas Cubanas".

También cultivó la poesía festiva, a estilo de las de Quevedo, como puede apreciarse en las redondillas "A una dama que me enviara un bigote postizo".

Fué Borrero de mentalidad tan excelsa, que no solamente en las artes hizo derroches de su extraordinario valer, también en el campo de las ciencias dejó un reguero de triunfos cosechados con ese peculiar tesón que siempre le caracterizó.

Mientras ejercía la Medicina en Puentes Grandes, fundaba, con el doctor Gallardo, la "Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana" y con el Dr. Delmás, la "Sociedad Antropológica"; además, la "Gaceta Médica", la "Revista de Ciencias Médicas", la "Crónica Médica de la Habana", la "Enciclopedia Médica" y la "Revista de Medicina", del Brasil; la "Revista de Medicina y Farmacia", de París. Borrero publicó centenares de trabajos sobre asuntos médicos.

Fué nombrado, al rundarse la Escuela de Agricultura, en la Ciénaga, primero, Catedrático de Biología y Agrimensura, y después, de Física, Química y de Francés, lengua que hablaba perfectamente, así como el inglés y el italiano.

Además, fué Catedrático de Matemáticas de la referida escuela, que regía el Círculo de Hacendados de la Isla de Cuba.

La "Revista de Cuba", de Cortina, y la "Revista Cubana", de Varona, contaron en Borrero con uno de sus más eficientes colaboradores, compartiendo en la última de éstas dos, con Varona, la dirección de la misma.

Conquistada ya en Cuba la independencia, durante el Gobierno Interventor, fué nombrado Catedrático de Anatomía comparada en nuestra Universidad Nacional, y designado también Subsecretario de Instrucción Pública cuando fué exaltado a esa cartera el Dr. Hernández Barreiro.

Al cesar en el puesto de Subsecretario, Borrero pasó de nuevo a la Universidad, pero, esta vez, a desempeñar la Cátedra de Psicología Pedagógica, Historia de la Pedagogía e Higiene Escolar.

Durante la época colonial, perse-

guido y hostigado por el Gobierno español, se vió en la necesidad de emigrar a Cayo Hueso. Allí, a los dos meses de su llegada, el "tiffus" hizo estragos en su familia. Sus hijas cayeron víctimas de la terrible enfermedad y lograron todas escapar de las garras que la muerte les tendía, todas menos Juana, la criatura sublime, que era su amor más grande, su ilusión más pura.

Tenía dieciocho años aquella pobre niña, que apenas empezaba a vivir. Borrero, refiriéndose a esta horrible tragedia, dice: "Uno, entre todos, había de morir, y fué Juana, el amor de mis amores. Fué tan violento para mí el choque, que aún no me he recuperado de su estrago. Fluctuando en tierra extraña entre la razón y la locura, trabajé por sostener a mi familia, y la sostuve decorosamente".

Una vez en Cuba Republicana todavía su mente hallábase desconcertada por la pérdida irreparable de su amada Juana en el exilio, y la reciente muerte de su esposa, fué otro golpe que desvió a Borrero hacia la obsesión del suicidio.

Uno de sus médicos le llevó a San Diego de los Baños, al hotel "Cabarrouy", junto con su hija Consuelo, que no lo dejaba un instante sólo. Sin embargo, su viaje al referido lugar, precipitó la ejecución de la única idea que ocupaba su mente. Así, una madrugada, aprovechando la distracción de su hija a quien había rendido la fatiga, después de escribir unas cuartillas, salió al patio y, de un naranjo, con una sábana trezada, se ahorcó frente a la habitación que ocupaba.

Amanecía el día 29 de Marzo de 1906...

Nada más acertado para juzgar la personalidad de Esteban Borrero Echeverría, de aquel que fué genio de grandeza y a quien las maldades humanas tornaron excéptico y amargado, que estas palabras de Varona: "En la época luctuosa de que data nuestra intimidad, hería y desconcertaba a cada paso mi espíritu inexperto la contemplación de las miserias morales que nos rodeaban, las prevaricaciones de la inteligencia o la voluntad, la degradación paulatina de los sentimientos, todo lo triste y abyecto que sale a la superficie cuando se agitan, convulsas, las socie-

dades. Pero tenía en él ante mis ojos, un espectáculo de tan diverso orden, que bastaba para afirmar y serenar mi ánimo. Permaneció el suyo tan íntegro, lo ví tan sereno, sacrificarse, tan generoso y elevarse tan seguro de sí mismo, que, de una vez para siempre, logré aprender que existen también la nobleza y la magnanimidad, y son fuerzas nos menos eficaces que sus contrarios, en el orden moral".

Agosto de 1935.

*Sentimiento  
Agosto 1935*